



Iconos. Revista de Ciencias Sociales

ISSN: 1390-1249

revistaiconos@flacso.org.ec

Facultad Latinoamericana de Ciencias

Sociales

Ecuador

Méndez G., Cecilia

Las paradojas del autoritarismo: ejército, campesinado y etnidad en el Perú, siglos XIX al XX

Iconos. Revista de Ciencias Sociales, núm. 26, septiembre, 2006, pp. 17-34

Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales

Quito, Ecuador

Disponível em: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=50926002>

- ▶ Como citar este artigo
- ▶ Número completo
- ▶ Mais artigos
- ▶ Home da revista no Redalyc

redalyc.org

Sistema de Informação Científica

Rede de Revistas Científicas da América Latina, Caribe, Espanha e Portugal
Projeto acadêmico sem fins lucrativos desenvolvido no âmbito da iniciativa Acesso Aberto

Las paradojas del autoritarismo: ejército, campesinado y etnicidad en el Perú, siglos XIX al XX

The paradoxes of authoritarianism: army, peasants, and ethnicity in Peru, from XIX to XX centuries

Cecilia Méndez G.
U. California en Santa Bárbara

Email: mendez@history.ucsb.edu

Fecha de recepción: agosto 2006
Fecha de aceptación y versión final: agosto 2006

Resumen

Partiendo de procesos políticos recientes en el Perú, que incluyen una guerra civil y la emergencia de un movimiento militarista pro-indígena y ultranacionalista, este ensayo examina la relación histórica entre campesinado y ejército durante los siglos XIX al XXI. Se especula sobre los cambios producidos con el tránsito de un ejército caudillista en el siglo XIX a un ejército profesional en el XX. El ensayo cuestiona la expandida idea de que la sierra rural y sus habitantes estuvieron excluidos de la vida nacional y de la ciudadanía “desde siempre” y postula que la participación campesina en las guerras civiles del siglo XIX fue un canal de inserción del campesinado en la política nacional, promoviendo una forma incipiente de conciencia ciudadana. Pero a medida que el ejército se profesionaliza, la relación entre instituciones armadas y campesinado se hace más jerárquica y vertical. Este proceso es paralelo a la consolidación de los primeros regímenes civiles constitucionales del siglo XX, en los que paródicamente la exclusión del campesinado se acrecienta. En última instancia, fueron las dictaduras (civiles y militares) las que hicieron mayor eco que los gobiernos democráticos constitucionales de los intereses del campesinado.

Palabras clave: ejército, militares, campesinado, indigenismo, etnicidad, ciudadanía, autoritarismo, profesionalización, guerra civil

Abstract

Inspired by recent political processes in Peru that include a civil war and the emergence of a militaristic and ultranationalist pro-indigenous political movement, this essay examines the historical relationship between the peasantry and the army from the nineteenth to the twenty-first centuries. It speculates on the changes that the transition from a caudillista army in the nineteenth century to a professional army in the twentieth century brought about. The essay questions the widespread idea that the rural highlands and their inhabitants were excluded from the national life and citizenship “for ever” and contends that peasant participation in the civil wars of the nineteenth century was a channel for insertion of the peasantry into national politics and fostered an incipient form of citizenship consciousness. Yet, as the army professionalized, the relationship between the armed institutions and the peasantry became increasingly more hierarchical and vertical. This process was parallel to the consolidation of the first constitutional civilian regimes of the twentieth century, in which, paradoxically, the exclusion of the peasantry became more severe. In the final instance, it was the dictatorships (both civilian and military) those to be more receptive than the constitutional democracies to the interests of the peasantry.

Keywords: army, militaries, peasantry, indigenismo, ethnicity, citizenship, authoritarianism, professionalization, civil war.

“Este texto es un ensayo, género en el que se prescinde del aparato crítico para proponer de manera directa una interpretación. Escrito desde una circunstancia particular y sin temor por los juicios de valor, el ensayo es muchas veces arbitrario, pero en su defensa cabría decir que no busca establecer verdades definitivas o conseguir la unanimidad; por el contrario, su eficacia queda supeditada a la discusión que pueda suscitar. Es un texto que reclama no lectores -asumiendo la connotación pasiva del término- sino interlocutores; debe, por eso mismo, sorprender y hasta incomodar. El riesgo que pende siempre sobre el ensayista es el de exagerar ciertos aspectos, y por consiguiente omitir matices, pasando por alto ese terreno que siempre media entre los extremos: los claroscuros que componen cualquier cuadro”.

Alberto Flores-Galindo,
La Tradición Autoritaria

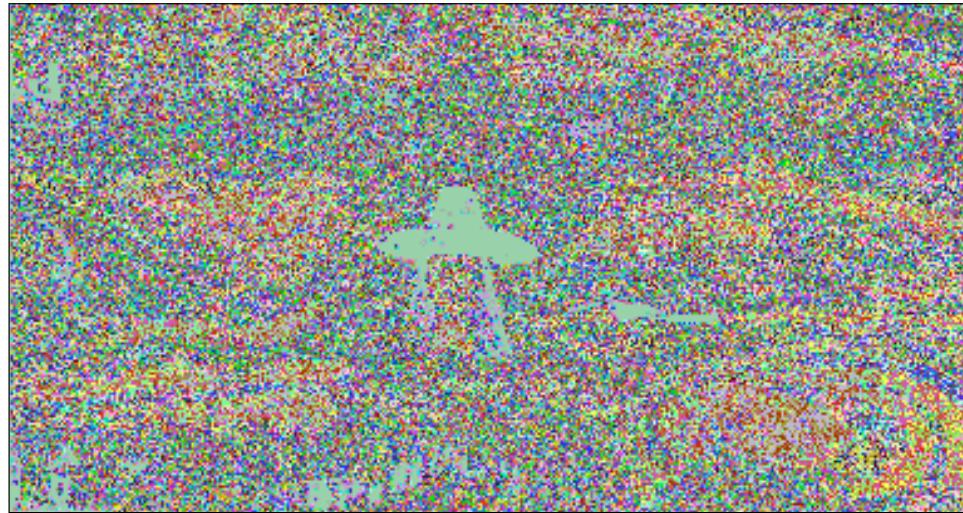
El ejército es no sólo la más antigua de las tres ramas que conforman las fuerzas armadas en el Perú, sino que es la institución estatal que ha estado históricamente más vinculada al campesinado. Los campesinos andinos constituyeron la columna vertebral de los ejércitos caudillistas del siglo XIX y siguieron siendo la principal fuente de soldados y reclutas a lo largo del veinte. Asimismo, es en los poblados rurales donde los militares de un ejército más moderno han sido destacados innumerables veces a servir. La relación entre militares y campesinos es central en cualquier intento de entender la historia política del Perú, la naturaleza de su estado y sus tensiones sociales y étnicas. ¿Por qué entonces no contamos con un estudio integral que de cuenta de ella?

Una primera explicación es la compartmentalización de los campos de conocimiento. Sociedad rural, sociedad civil, militares, Estado y etnicidad se han estudiado como

temas separados más que de manera interrelacionada, pese a que la división entre sociedad civil y militares, y entre sociedad civil y Estado, que hoy damos por sentada, no fue tal en tiempos anteriores a la profesionalización del ejército y de endémica fragilidad estatal, como fue el siglo XIX. En segundo lugar, está la expandida idea de que el campesinado indígena no pasó de ser mudo espectador o carne de cañón en los conflictos caudillistas del XIX, o bien que se mantuvo indiferente a los mismos¹. Si bien, contra estas tesis, los estudios pioneros de Nelson Manrique y Florencia Mallon de la década del ochenta subrayaron el papel activo del campesinado peruano -a través de la formación de guerrillas- durante la guerra Chile (1879-1883), se trató de un conflicto externo, que fueron excepcionales en nuestra historia, y no de una guerra civil, que fue la norma. Hasta hoy, y al margen quizás del trabajo de Nils Jacobsen y Alejandro Diez Hurtado sobre la sierra norte en las postrimerías del siglo XIX y de nuestros propios estudios sobre la provincia de Huanta en las décadas del 1820 al 1840, la participación del campesinado andino en las guerras caudillistas en el siglo XIX permanece sin ser explorada². Por su parte, los estudios sobre la participación política del campesinado en el Perú

1 Incluso, interpretaciones dedicadas a subrayar el rol activo de los campesinos en los inicios de la república terminan avalando las tesis más tradicionales. Por ejemplo, contradiciéndose con lo afirmado en la introducción de su libro, Charles Walker (1999: 212-213) concluye: “los campesinos indígenas permanecieron largamente ajenos a las luchas caudillistas”; y más aún, “el campesinado indígena del sur andino se resistió a pelear en las guerras que decidieron la lucha caudillista”. En similar sentido, ver Paul Gootenberg (1991:145).

2 Ver Manrique (1981), Mallon (1987:232-279 y 1995), Méndez (2005), Jacobsen y Diez Hurtado (2002). Taylor (1986 y 1990) y Nugent (1997) también han analizado el bandolerismo y las mantoneras en la sierra norte peruana, pero enfatizando su carácter local y feudal y más que su conexión con el estado nacional o sus bases campesinas.



Afiche promocional de la reforma agraria

del siglo XX se enfocaron tradicionalmente en las llamadas “luchas campesinas”, es decir, en una historia de “resistencia” o rebeliones anti-estatales que, o bien excluía a los militares, o los presentaba como el enemigo natural del campesinado. Finalmente, estudios de síntesis sobre el ejército republicano, incluso los más críticos, ponderados y sociológicamente orientados como los de Víctor Villanueva, han soslayado a la sociedad rural³.

La guerra interna que desangró al Perú en las décadas de los ochenta y noventa y su actual

secuela política, exigen replantear estos esquemas. En aquella coyuntura sucedió algo sólo en apariencia paradójico: la mayor parte de campesinos, organizados en “rondas” y comités de autodefensa, en vez de alinearse con la insurgencia maoísta de Sendero Luminoso, jugaron en última instancia un rol central en su derrota, de la mano con el ejército. Una mirada retrospectiva sugiere que las alianzas militar-campesinas fueron igualmente decisivas en momentos anteriores de nuestra historia.

El proyecto: motivaciones y advertencias

Este ensayo sintetiza algunas hipótesis de un proyecto de investigación que se propone estudiar la relación histórica entre los campe-

³ Ver Villanueva (1973, 1969, 1972 y 1962). El interés por una historia social de los militares se ha venido incrementando recientemente, pero en el caso peruano sin que toque aún a la sociedad rural. Para el Perú son importantes los estudios en curso de Lourdes Hurtado sobre el ejército peruano (véase su artículo en este número de *ICONOS*) y la exploración de Humberto Rodríguez Sequeiros en torno a la “La Educación Pre-Militar en el Perú 1939-1956” (ponencia presentada a LASA-Puerto Rico, Marzo del 2006). Para América Latina uno de los trabajos comparativos más notables sobre la participación militar de las poblaciones rurales en la formación del Estado es el de Fernando López Alves (2000). Para Brasil, Peter Beattie (2001) ha analizado el problema de conscripción militar y formación del estado, y Juan Ramón Quintana Taborga (1998) lo ha hecho para Bolivia en su *Soldados y Ciudadanos, Un Estudio Crítico sobre el servicio militar obligatorio en Bolivia*. Para la colonia destaca el trabajo de Ben Vinson III

(2001) sobre milicias de mulatos en Nueva España. Respecto a la participación campesina en los conflictos caudillistas en América Latina en el siglo XIX existe una literatura ya sustancial, destacando los trabajos de Mallon, Manrique, De la Fuente, Guardino, Salvatore, Guy Thompson, referidos a Argentina y México. Pero nuevamente, estos trabajos se limitan al siglo XIX y no abordan las transformaciones operadas en la relación campesinos-estado con la profesionalización del ejército.

sinos y el ejército en el Perú desde los inicios de la república hasta el presente. El proyecto tiene dos propósitos fundamentales. Primero, calibrar el papel de los militares en la movilización política del campesinado y su incorporación a la política nacional. Segundo, dilucidar la génesis y racionalidad de las ideologías autoritarias y militaristas que han dominado la escena política peruana en las últimas décadas, tanto desde el gobierno (i.e., Fujimori, Velasco), como desde la insurgencia (Sendero Luminoso, etnocacerismo). La investigación se propone observar cómo el paso de un ejército de caudillos, dependiente de montoneras y guerrillas en el siglo XIX, a un ejército profesional con soldados y oficiales formados en escuelas militares en el siglo XX, afecta la relación entre la sociedad rural, el Estado y la sociedad nacional. Uno de los factores que acompañan este tránsito es la creciente separación entre sociedad *civil* y *militares* que hasta ese entonces era bastante porosa y que muchas veces se da por sentada. En un plano más contemporáneo del análisis, proponemos que a partir del último tercio del siglo XIX, los gobiernos militares y los régimen civiles autoritarios en el Perú han tenido mayores iniciativas —y un éxito mayor— que los gobiernos civiles constitucionales en implementar políticas estatales destinadas a favorecer a los sectores campesinos, es decir, incorporarlos a los beneficios del Estado y la ciudadanía.

Como hipótesis preliminares de un proyecto en cierres, las ideas que presento en este ensayo no pretenden ser definitivas; mi objetivo es darlas a conocer para estimular una discusión. Este es un texto, como diría Flores Galindo, que “reclama no lectores —asumiendo la connotación pasiva del término— sino interlocutores; debe, por eso mismo, sorprender y hasta incomodar”. “El riesgo que pende siempre sobre el ensayista” prosigue el historiador, “es el de exagerar ciertos aspectos, y por consiguiente omitir matices, pasando

por alto ese terreno que siempre media entre los extremos: los claroscuros que componen cualquier cuadro” (Flores-Galindo 1999:23). Nos permitimos tomar ese riesgo en este espacio. Pero antes valgan unas precisiones adicionales sobre mis motivaciones para emprender esta investigación.

En lo inmediato el tema me atrajo, como lo he afirmado en la presentación del dossier, por la necesidad de explicar el surgimiento e impacto del llamado movimiento etnocacerista, un grupo ultra-nacionalista e indigenista de origen militar surgido paralelamente al colapso del régimen fujimorista en el año 2000. A este interés se suman razones semiautobiográficas, a saber, mi creciente perplejidad respecto a la ausencia de estudios sobre el nacionalismo militar del velascato, o gobierno del general Juan Velasco Alvarado (1968-1975), periodo cuya memoria —si acaso se invoca— sigue produciendo reacciones visceralmente negativas en la mayoría de sectores de la opinión pública, tanto de derecha como de izquierda. Para mí, sin embargo (como muchos de mi generación), que viví el periodo como niña escolar de clase media limeña (y no como propietaria de una hacienda o diario expropiados, o una política deportada), Velasco fue el gobernante gracias a quien por primera vez escuché en televisión y radio, con relativa frecuencia, el quechua —lengua vilipendiada y estigmatizada socialmente por su asociación con los campesinos andinos y empleadas domésticas—; con este gesto el gobierno buscaba sembrar orgullo y borrar el estigma que se cierne (aún hoy) sobre esta lengua y, sobre todo, sobre quienes la hablan. Otra de las experiencias que marcó mi percepción del velascato fue cuando el gobierno militar, en un afán simbólico de cerrar las brechas sociales, hizo que todos los escolares vistieran un uniforme único, lo que no dejó de causar molestia entre quienes en mi colegio, religioso y particular, se ufaban de sus uniformes verdes Markyknoll, que

marcaban una diferencia con los de las “cholas” (la palabra es fuerte, pero así se habla/hablaba y sentía), particularmente en los desfiles por fiestas patrias. Ahora todos seríamos iguales. Y esa igualdad incomodaba a muchos, pero como era disposición del “gobierno revolucionario de la fuerza armada”, había que acatar. Sin embargo, el orden oligárquico ya en crisis, al que Velasco propinó quizá el más duro golpe de su historia, sobrevivió gracias en parte una facción del propio ejército, que derrocó al enfermo general y luego se posesionó del gobierno. Una vez en el poder, empezó a desmantelar, una a una, sus reformas. Durante esta (eufemísticamente llamada) “segunda fase” del gobierno militar, se entregó el poder a los civiles, quienes en 1980 eligieron como presidente, irónicamente, al mismo gobernante a quien Velasco había depuesto en 1968: Fernando Belaunde, representante de una clase alta que vivió de espaldas al país real (y rural) y sus abismos sociales. A Belaúnde le tocaría afrontar los primeros cinco años de la insurgencia más sanguinaria en la historia del país y América Latina: Sendero Luminoso, cuya rebelión no fue sólo contra su gobierno sino contra el sistema democrático en sí mismo, como tan elocuentemente lo expresó su primer atentado terrorista: el bombardeo de un ánfora de las elecciones presidenciales en un pequeño pueblo andino en 1980. Para consumar la ironía, se trataba de la primera elección presidencial del siglo XX en las que votaban los analfabetos. Belaunde, célebremente caricaturizado por la prensa como un anciano que vivía cegado por una nube que era una prolongación de sus cejas de patriarca envejecido, culpó de los primeros atentados de su gobierno a la “infiltración comunista extranjera”. Cuando reparó que el enemigo anidaba en casa, delegó el asunto a los militares, en especial a la infantería de marina, quienes ante la imposibilidad de capturar al enemigo se dedicaron a arrasar aldeas y matar campesinos,

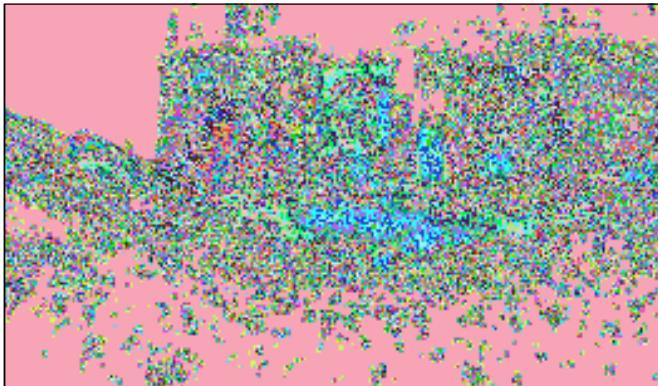
desplegando una violencia que competía con la de Sendero, e inimaginable en los doce años anteriores de gobierno militar. La historia sigue y toma otros giros, pero por el momento dejémosla aquí.

Cuando se observan en un contexto histórico mayor los hechos que acabo de presentar de modo casi autobiográfico, se entenderá mejor por qué la compleja relación histórica entre campesinos y militares, y entre militarismo y etnidad, resulta un tema tan urgente como irresistible, en especial para quien ha estado trabajando ya por un largo tiempo la relación entre el ejército, el Estado y la sociedad rural en el temprano siglo XIX, cuando el país vivía desangrado por guerras civiles.⁴

El Perú es, en efecto, un caso verdaderamente desconcertante en América Latina en cuanto a su sistema político y la relación que el ejército ha establecido con las poblaciones indígenas y campesinas. Tres circunstancias históricas recientes lo hacen más evidente. La primera es el ya mencionado gobierno del general Juan Velasco. Cuando en los años sesenta y setenta la mayor parte de países de América Latina estaba regida por dictaduras militares de derecha, altamente represivas, en el Perú el general Velasco Alvarado se enfrentó a la oligarquía peruana y al imperio estadounidense con su política de nacionalizaciones y su legislación pro-campesina. Velasco emprendió una reforma agraria radical, oficializó el quechua, e hizo del rebelde Inca Túpac Amaru II, ejecutado en 1781 por los españoles tras liderar una masiva rebelión contra el orden colonial —hasta entonces personaje marginal en los textos escolares—, un ícono oficial del gobierno militar.

Un segundo pacto “militar-campesino” se dio entre la segunda mitad de los ochenta y los noventa cuando el campesinado andino hizo frente común con el ejército para derro-

4 Véase mis siguientes trabajos: Méndez (2004, 2005, 2002 y 1997).



Mitín político. Al fondo: Velasco Alvarado y Tupac Amaru

tar la insurgencia del Partido Comunista del Perú-Sendero Luminoso (SL). Pues pese a las vejaciones de que fue objeto tanto por Sendero como por los militares, el campesinado en última instancia cerró filas mayoritariamente con el ejército para derrotar la insurgencia senderista a través de las llamadas “rondas campesinas”, posteriormente bautizadas como “comités de autodefensa”. Esta alianza, sólo tardíamente oficializada por el gobierno, fue clave en el debilitamiento y la posterior derrota de Sendero Luminoso a nivel nacional. Para entenderla es necesario observar dos factores. Primero, mientras los métodos terroristas de Sendero se tornaban cada vez más vesánicos y cobraban más vidas campesinas, las fuerzas armadas, después de una época inicial de represión brutal e indiscriminada, comprendieron que campesino no equivale a senderista, y a partir de la segunda mitad de la década de 1980 optaron por una táctica de represión selectiva y de acercamiento con el campesinado. Segundo, y relacionando con esto, la alianza entre ronderos y ejército se entiende mejor cuando se repara que el Perú es el único caso en la historia reciente de conflictos armados internos en América Latina en que los grupos alzados en armas y no los representantes del Estado fueron responsables de la mayor parte de atrocidades, incluyendo desapariciones, secuestros y asesi-

natos. De acuerdo al informe de la comisión de la Verdad y Reconciliación (CVR), el Partido Comunista del Perú-Sendero Luminoso (SL), fue el responsable del 54% de las muertes denunciadas a la CVR, mientras el estado y grupos paramilitares del 37%. Nuevamente, ello contrasta drásticamente con otros países latinoamericanos que sufrieron conflictos armados recientemente. En Guatemala, por citar un caso extremo, el estado fue responsable del 97% de muertes y violaciones de los derechos humanos mientras la guerrilla sólo de un 3%.⁵

La tercera coyuntura es más cercana a la actualidad. En el Perú, la agrupación política que en los últimos años ha levantado banderas abiertamente pro-indígenas no es un movimiento étnico de bases sino una agrupación política militarista fundada por el ex-mayor del ejército, Antauro Humala, el MNP o Movimiento Nacionalista Peruano, más conocido como “movimiento etnocacerista”. Desestimado inicialmente como un folklorismo anacrónico por la mayor parte de analistas, la popularidad de este movimiento creció en proporción geométrica en los últimos años, notablemente en las zonas rurales y en provincias, como fue evidente en las elecciones presidenciales de este año. Aunque Ollanta Humala, ex-oficial del ejército que estuvo asociado con el etnocacerismo, postuló a la presidencia con un partido aparte y tomando distancia de su radical hermano Antauro (hoy preso), lo hizo con una plataforma nacionalista, “anti-neoliberal”, y pro-cocalera, y sin duda capitalizando el trabajo pionero que Antauro había realizado, en especial con los reservistas a nivel nacional. Ollanta fue no sólo el candidato más votado en la primera vuelta electoral, sino que obtu-

⁵ Ver Nelson Manrique, “Carta Abierta a Raúl Wiener”, 6 de Octubre de 2003, documento circulado por internet. Aún si esta cifra fuera exagerada, es un indicador significativo.

vo un significativo 47% en la segunda vuelta; su apoyo fue altísimo a nivel nacional, con excepción de Lima y la costa norte. Significativamente, en las zonas rurales que más sufrieron con la guerra interna, los votos por Humala superaron con creces el 80%, no obstante las denuncias por graves abusos de derechos humanos en su contra, presuntamente cometidos durante las campañas contrainsurgentes. Esta aparente paradoja se entiende mejor cuando se repara que a diferencia de la percepción limeña y urbana de los campesinos como meras víctimas, muchos de ellos, y en especial los ronderos —una buena parte de quienes eran a la vez licenciados del ejército— se perciben a sí mismos como héroes, agentes de la derrota de Sendero, a quien nadie parecía poder doblegar.⁶

Todo ello contrasta con la realidad de otros países latinoamericanos, particularmente Ecuador y Bolivia, donde los abanderados de la lucha antirracista, anti-neoliberal y pro-derechos indígenas fueron organizaciones civiles y políticas de base con gran convocatoria a nivel nacional. ¿Por qué en el Perú un partido de militares disidentes, ex-soldados y reservistas, asume el papel que en nuestros vecinos andinos tiene el movimiento indígena, el mismo que en el Perú permanece, si bien no políticamente inexistente, cuando

menos tenue en comparación? La pregunta, ya formulada en la presentación de este dossier, creemos que trasciende una explicación coyuntural. Ella nos lleva a repensar históricamente la influencia militar en el estudio de la organización campesina y los llamados movimientos indígenas. Al mismo tiempo nos invita a reflexionar sobre el potencial popular del autoritarismo militar.

Sin embargo, pese a que la trayectoria del ejército peruano es excepcional en muchos sentidos, encaja dentro de un contexto andino que no es ajeno al populismo militar y a las alianzas militar-campesinas; con diversas variantes, este tipo alianzas se dio históricamente en Bolivia y Ecuador y (hoy se da) en Venezuela, como enfatizamos también en la introducción al dossier. Los más divulgados esquemas interpretativos del militarismo en América Latina se han basado por lo general en las dictaduras militares del Cono Sur. Pero estos modelos no pueden dar cuenta de la complejidad política de los régimen militares de la región andina central, ya que las dictaduras militares de Chile, Argentina y Brasil no tuvieron que enfrentar el mismo tipo de tensiones étnicas y raciales a las que estuvieron expuestos los militares en Perú, Ecuador y Bolivia, donde se congrega una mayor cantidad de poblaciones indígenas y no blancas. La vieja tesis que concibe al ejército como un mero “instrumento de la oligarquía” exige ser cuestionada con más contundencia en la región andina.

Ello no debe llevar, por supuesto, ni a la romantización de los caudillos decimonónicos que caracterizó a ciertas corrientes historiográficas, ni a la apología de los populismos militares autoritarios de hoy día.⁷ Se trata más

6 Existe una literatura bastante exhaustiva sobre las rondas campesinas (posteriormente bautizadas por el gobierno como “comités de autodefensa”) y la derrota de Sendero. Véase Díegregori, Coronel, Ponciano del Pino y Orin Starn (1996), Carlos Tapia (1997), Stern (1998). Para un estudio más general sobre rondas, véase Orin Starn (1999). Para enfoques más actualizados véase la extraordinaria sección sobre “Comités de Autodefensa” en el *Informe de la Comisión de la Verdad y Reconciliación*, tomo II, Sección segunda: Los actores del conflicto, Capítulo 1: Los actores armados, 1.5. Comités de Autodefensa (CAD), <http://www.derechos.org/nizkor/peru/libros/cv/ii/15.html>. (Lima, 2003). Para una explicación sobre la alta votación de Humala en las zonas rurales más golpeadas por la guerra interna véase Páez (2006), Caballero Marín (2006) y Pajuelo (2006).

7 La idealización del caudillismo como expresión de los “sentimientos populares” está bien encarnada en la obra del venezolano Laureano Vallenilla Lanz, *Cesarismo Democrático* (Obras completas, tomo I, Caracas 1983 [1919,]). Para una discusión crítica de las ideas de Vallenilla ver John Lynch (1992: 423-

bien de desentrañar una ironía: la posible herencia democratizadora del autoritarismo. Y debo reafirmar que hablo de democratización social, no política.

Asimismo, al privilegiar las alianzas entre campesinos y militares no pretendemos desconocer ni minimizar la historia de racismo y violencia que también ha empañado esta relación. La Comisión de la Verdad y Reconciliación ha constatado la existencia de miles de “fosas” o cementerios clandestinos a lo largo y ancho del territorio andino, que dan cuenta de un número no insignificante de matanzas y masacres cometidas extraoficialmente por los militares en su lucha contra la insurgencia senderista, la mayor parte de ellas correspondientes al periodo llamado “la guerra sucia” (1983-1984). Mi proyecto intentará dar cuenta también de este lado tanático, procurando explicar la aparente contradicción entre las retóricas pro-indígenas y pro-campesinas presentes en el ejército y sus prácticas racistas y discriminatorias.

Finalmente, al abordar el tema de la imbricación histórica entre militares y campesinos, no es posible hacerlo sin su correlato civil. En el Perú, cuando se contrastan gobiernos militares o de tendencias autoritarias con aquellos que han gobernado bajo las banderas de la democracia, son los últimos los que han tenido mayores dificultades de ganarse el favor de las masas rurales, al menos a partir del último tercio del siglo XIX. Desde sus orígenes, con el civilismo en la década de 1870, la democracia parlamentaria peruana ha tenido un tinte elitista, o cuando menos abrumadoramente urbano. En efecto, resulta revelador que el periodo más prolongado en el que el Perú experimentó gobiernos civiles ininterrumpidos sea conocido como la República Aristocrática (1895-1919), un periodo donde

democracia y gobierno de la oligarquía llegan a ser sinónimos. Pareciera pues que en el Perú los momentos de mayor integración de los campesinos al Estado y a los beneficios de la ciudadanía coinciden con momentos autoritarios. Me refiero en particular, pero no exclusivamente, al llamado “oncenio” o gobierno de Augusto B. Leguía, un dictador civil (1919-30), cuyo gobierno reconoció, por primera vez en la historia republicana, la existencia legal de las comunidades indígenas y sus tierras, creó el “Patronato de la Raza Indígena”, y se hizo llamar sí mismo “defensor” de la misma; y al ya mencionado gobierno de Velasco, de 1968 al 1975.⁸

Al parecer, el fenómeno no sería exclusivo del Perú. Liisa North postula en este dossier que las dictaduras militares de Ecuador posteriores a la década del 1925 fueron más proclives que los gobiernos civiles electos a implementar políticas sociales que favorecieran a las mayorías, con la posible excepción del gobierno de Galo Plaza Lasso (1948-52),⁹ mientras Silvia Rivera (1984: 54) ha usado la sagaz expresión “democracia de casta” para referirse al gobierno de las oligarquías civiles en Bolivia.

Hipótesis: una modernización excluyente

Mi trabajo intentará probar que los campesinos andinos no fueron pasivos espectadores ni permanecieron históricamente al margen del estado republicano durante la mayor parte del siglo XIX, sino que participaron en la formación de estado desde sus inicios, entre otras formas, mediante su incorporación en los ejércitos caudillistas a través de guerrillas. Es lugar común afirmar que esta

424). El mejor ejemplo de la idealización de los caudillos en la historiografía en inglés probablemente sea Bradford Burns (1980).

8 Postulé esta idea con anterioridad en Méndez (2000: 231-248).

9 Véase también North (2004: 187-206).

participación fue resultado de la coacción o el engaño. No pretendo negar la existencia de estas prácticas. La crueldad de la leva, o recluta arbitraria, que afectaba desproporcionadamente a las poblaciones rurales analfabetas, fue denunciada numerosa veces por la prensa por intelectuales progresistas y hasta en obras de ficción de la época, sin que por ello se lograra extirpar.¹⁰ Sin embargo, junto a la leva estaban guerrillas, integradas y comandadas por civiles, que actuaron en concierto con el ejército regular, defendiendo simultáneamente intereses locales, regionales y nacionales.

Las guerrillas eran una adaptación americana de una forma de lucha que se originó en la península ibérica para hacer frente a la invasión de los ejércitos napoleónicos entre 1808 y 1814. Consistían en ejércitos irregulares formados por civiles, usualmente organizados en torno a sus autoridades locales, que actuaban como una fuerza auxiliar del ejército regular. Como he sostenido en trabajos anteriores, durante la guerra civil de 1834, el triunfo del bando liberal representado por el general Orbegoso, que había sido defenestrado del poder por un golpe del conservador general Gamarra, se debió en gran parte al apoyo de las guerrillas de Huanta, la sierra de Lima y Huancavelica, que fueron parte de una movilización nacional masiva en apoyo de Orbegoso, a la que Basadre denominó la “primera manifestación popular contra el militarismo en la historia del Perú”. En la provincia de Huanta esta participación fue el resultado de una movilización negociada entre caudillos nacionales, autoridades concejales y comunales, líderes mонтонeros y “notables” (autoridades y personajes influyentes) del lugar. Pese a que los campesinos de comunidades y sus líderes inmediatos estaban en la base de esta pirámide social, exigieron y a veces lograron importantes concesiones, como la exoneración del pago al tributo indí-

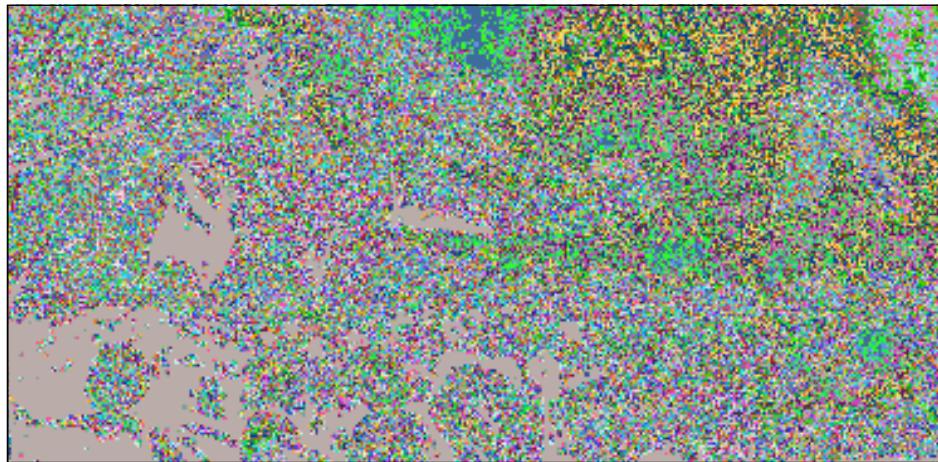


gena y nombramientos como autoridades distritales, tales como gobernadores y jueces de paz, pese incuso a ser en algunos casos virtualmente analfabetos. Una situación similar se produjo en el contexto de la Confederación Perú-Boliviana (1836-39), en que los campesinos de Huanta volvieron a alinearse con el bando liberal, esta vez representado por el Mariscal Santa Cruz¹¹.

Las guerrillas fueron así una instancia en que los pobladores rurales de los estratos sociales más bajos negociaban su derechos y

10 Véase Basadre (2002 [1929]: 120-125).

11 Véase Méndez (2004, capítulo 7 y epílogo) y Méndez ()Tradiciones Liberales



Mural: *Campesinos, Velasco y Tupac Amaru*

obligaciones para con el Estado, es decir, su condición ciudadana en el sentido más elemental. No sorprende, pues, que los caudillos nacionales usaran profusamente el término “ciudadano” para convocar a las poblaciones campesinas a sumarse a sus lides. Mi investigación intentará probar que este escenario no habría sido exclusivo de Huanta o la sierra central ni de la década de 1830, sino que se dio a lo largo de las guerras civiles del siglo XIX. Confirmar esta hipótesis exigirá por supuesto un arduo trabajo de archivos y fuentes primarias en general.

Complementando provisionalmente mi hipótesis está una historiografía que ha replanteado el tema de la ciudadanía desde el prisma electoral. Una verdadera revolución de estudios sobre constituciones y elecciones viene cuestionando la arraigada idea de que las poblaciones campesinas analfabetas fueron desde el inicio de la república legalmente excluidas de la condición ciudadana. Más bien, esta historiografía ha llamado la atención sobre el carácter relativamente inclusivo de las primeras constituciones al definir los criterios de ciudadanía, particularmente, los trabajos pioneros de Gabriela Chiaramonti. Chiaramonti sostiene que, siguiendo el patrón de la constitución española de 1812 -

la primera en otorgar ciudadanía a los indios en América-, las constituciones republicanas de 1823 a 1851 (y aún la conservadora de 1839) fueron relativamente generosas en otorgar el sufragio. “El requisito de alfabetización, que potencialmente (...) excluía [a los indígenas], aunque estaba previsto en la constitución de 1823”, escribe Chiaramonti, “no se exigió hasta (...) 1844 para los indígenas que residieran en localidades donde faltasen escuelas de educación primaria” (Chiaramonti 2004: 293). Similares disposiciones, nos dice la autora, subsistieron hasta 1851. Los criterios más restrictivos para el sufragio empiezan a perfilarse, según Mauricio Novoa, con la constitución de 1860, que al establecer las categorías de ciudadanos “activos” y “pasivos”, deja “a la gran masa indígena imposibilitada para el ejercicio de los derechos políticos de la ciudadanía”¹². Pero Chiaramonti prefiere situar el quiebre en la ley de reforma electoral de 1896, que establece el voto directo y pone como única condición de sufragio el saber leer y escribir. En 1896, por primera vez de manera tajante y definitiva, una ley republicana excluye a los

¹² Ello, pese a que en teoría habría quedado abierta la posibilidad del voto analfabeto. Ver Novoa (2004: 283).

analfabetos -y por ende a la abrumadora mayoría indígena- de la ciudadanía¹³; éstos volverían a ejercer su derecho al voto sólo en 1980. Si bien los estudios sobre cómo se aplicaron en la práctica estas leyes electorales están en ciernes, la intención de las élites gobernantes de restringir el voto al cerrar el siglo es significativa y congruente con hallazgos en otros lugares de América Latina.¹⁴ Lo irónico en el Perú es que la tendencia a restringir el voto es paralela al ascenso político del civilismo, es decir, del Partido Civil (creado a inicios de la década de 1870), que supuestamente venía a democratizar la sociedad y la política tras casi un siglo de gobiernos militares. No en vano Basadre bautizó al periodo de predominio civilista, que coincidió con el periodo más prolongado de gobiernos civiles en el Perú desde la independencia, como "la República Aristocrática" (1895-1919). La ironía se ahonda cuando se repara que el presidente que promulgó la ley electoral de 1896, Nicolás de Piérola, llegó al poder no vía elecciones sino tras una masiva movilización popular, en la que bandas de montoneros (muchos de quienes eran probablemente analfabetos), jugaron un papel central. Una vez en el poder, el propio Piérola se encargó de desbandar esas mismas montoneras y guerrillas para sentar las bases del ejército profesional que hoy poseemos.

Lo que propongo, cotejando mis investigaciones en el plano militar con la nueva literatura sobre elecciones, no es, por tanto, que la exclusión de los campesinos y poblaciones indígenas analfabetas del estado y de los beneficios de la ciudadanía sea una mera invención, sino que esta exclusión, en su

forma más violenta, es un fenómeno más reciente; es producto de factores profundamente paradójicos relacionados con el proceso de centralización y fortalecimiento del estado, y dentro de los cuales me limitaré a considerar dos: a) la profesionalización del ejército y b) la modernización de la infraestructura del país a partir de la expansión del sistema de carreteras a las zonas rurales.

La profesionalización del ejército, que se inicia a fines del siglo diecinueve con la llegada de la Misión Francesa invitada por el presidente Piérola en 1896, supone la creación de las escuelas de oficiales que hasta hoy tienen vigencia. Esta profesionalización vendrá a producir un dislocamiento en la relación que los campesinos habían establecido hasta entonces con el estado, sus sociedades regionales y la sociedad nacional. Mientras los ejércitos caudillistas del siglo XIX dependieron del apoyo de sociedades y economías rurales, incluidos guerrilleros, montoneros, autoridades civiles, arrieros, hacendados y las mujeres que acompañaban a los soldados (o "rabonas"), con la profesionalización el ejército dependerá menos de estos factores en la medida en que se convierta en una institución autónoma, dependiente de un presupuesto estatal. Un ejército que ha institucionalizado la educación del soldado devendrá más poderoso institucionalmente y más influyente políticamente. Asimismo, en la medida en que el ejército dependa menos de las economías rurales, de sus mujeres y de las guerrillas, se establecerá como una entidad crecientemente masculina y distante de las sociedades rurales, de las cuales antes dependió tan estrechamente.¹⁵ La relación del ejército con

13 Véase Chiaramonti (1995: 315-316 y 2005: 325-358).

14 Ver, por ejemplo, Annino (1995). Para la evaluación más reciente del tema de ciudadanía en los Andes, ver Irurozqui (2005). Para Argentina ver Sábato (1998), para Colombia ver Sanders (2005), para México ver Guardino (2005), para Perú ver Aljovín y López, eds. *Historia de las Elecciones*.

15 Solemos pensar al ejército como una institución eminentemente masculina, pero en el siglo XIX las mujeres que acompañaban a los soldados en sus campañas, las llamadas rabonas, no se circunscribían al plano doméstico sino que formaban parte de las estrategias militares; por ello hay quien las llama "la vanguardia del ejército". A fines de la década de 1830, el viajero

el campesinado no se interrumpe pero cambia de cariz; se vuelve más jerárquica, dejando a éste con cada vez menor capacidad de maniobra política en la medida en que lo hace más dependiente del estado, allí donde antes éste dependió de los campesinos. Este proceso, argumentaré, se cristaliza con Velasco pero sus orígenes pueden rastrearse con Augusto B. Leguía (1919-1930), un dictador civil. En otras palabras, sostendré que la profesionalización del ejército trajo consigo una “proximidad que separa”. O, para decirlo en los elocuentes términos que el historiador James Brooks usara para un contexto y actores muy diferentes, con la profesionalización el ejército y los campesinos “become closer and closer apart”. Esta “proximidad que separa”, sostendré, ha alimentado los dislocamientos que están en la base de las ideologías mesianicas y redentoristas por parte del militarismo, con grados que varían de Velasco a Humala. Las doctrinas de seguridad nacional, típicas de la Guerra Fría, cumplieron su propio rol en alimentar el mesianismo militar y serán consideradas en este análisis.

Por otro lado, el advenimiento de las carreteras a las zonas rurales tiene efectos similares que no advirtiera Polanyi en *La Gran Transformación* (1944). La expansión del sistema vial a pueblos que estuvieron interconectados por rutas de arrieraje elimina a los arrieros y pequeños hacendados, personajes claves tanto por su rol articulador en las economías rurales como por su condición de intermediarios políticos entre caudillos militares y campesinos. La aparición de las carreteras y, más recientemente, de las *combis* (camionetas privadas que ofrecen transporte público) aumenta la movilidad y promueve diversos grados de asimilación y

suizo Johann Jakob Von Tschudi escribió: “En los ejércitos hay casi siempre tantas mujeres como hombres. Cuando Santa Cruz entró en Lima, su ejército consistió de 7,000 hombres seguidos por 6,000 mujeres” (Johann Jakob Von Tschudi 2003:59).

de integración cultural y económica del campesinado a la sociedad urbana y nacional, que han sido bien estudiados. Sin embargo, políticamente se ahondan los dislocamientos. Es decir, los nuevos intermediarios políticos entre los campesinos y el estado no son más los arrieros, motoneros, alcaldes y hacendados, sino partidos políticos y las ONGs. A diferencia de los antiguos intermediarios, éstos vienen, literalmente, de fuera, y tienen poco o nada que ver con la vida material y cotidiana de las comunidades. En este contexto se entroniza la violencia política de Sendero Luminoso.

Estos dislocamientos políticos, que son producto de la modernización del siglo veinte -una modernización en muchos sentidos excluyente- han moldeado la percepción historiográfica y política de los campesinos como históricamente aislados y ajenos a los avatares políticos de la nación y de la formación del estado, que es profundamente equivocada.

El factor educativo

La hipótesis que acabo de delinear, al ser puesta a prueba, deberá ser matizada al incluir una variable hasta ahora no mencionada: el tema de la educación.¹⁶ Pues si bien el proceso de profesionalización del ejército marca una distancia económica y material entre el mundo militar y el universo campesino, posibilita, al mismo tiempo el acceso formal del campesinado a las esferas de la instrucción militar al establecerse el servicio militar obligatorio. Anteriormente a este proceso, en las décadas de 1860 y 1870, la agenda de la educación fue también central al movimiento civilista, dejando sentir su impacto entre los oficiales del ejército que

16 Agradezco a Iván Caro, Lourdes Hurtado y Eduardo Toche por llamar mi atención sobre este aspecto.

estaban más en contacto con el mundo rural. La importancia del tema amerita una última reflexión.

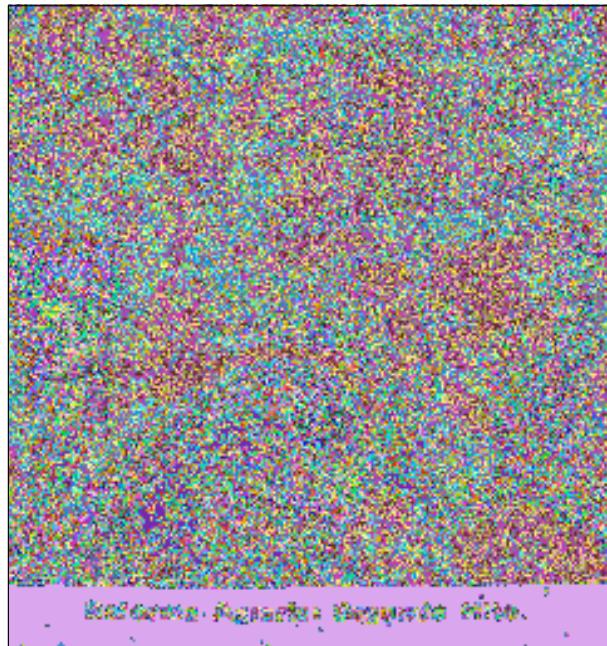
Usualmente se dice que la única manera en que los campesinos han conocido el estado en las zonas rurales es a través de policías, militares y autoridades abusivas. No dudo que ello sea cierto en incontable casos. Sin embargo, lo que se dice menos es que fue en los cuarteles donde muchos campesinos aprendieron el castellano y a leer y escribir. Si el ejército ha sido visto, con razón, junto con la policía, como el brazo represivo del estado, fue también un ente “civilizatorio”. En Ecuador los militares impartieron educación a las poblaciones indígenas de manera no muy distinta a la que lo hicieron los misioneros y los maestros, particularmente en las zonas fronterizas de la amazonía, donde no llegaban ni escuela ni iglesia (Ortiz 2006). En Bolivia el servicio militar obligatorio representa para poblaciones rurales muy pobres la única manera de acceder a la escuela, y constituye un verdadero “rito de pasaje” hacia la condición de “hombre”, y no únicamente en el campo.¹⁷ Según Juan Ramón Quintana, muchos usan el servicio militar como una fuente de estatus, autoestima y movilidad social que compensa el estigma asociado a una educación primaria y secundaria inconclusa (Quintana 1998). En el Perú la educación de los campesinos en los cuarteles tuvo repercusiones políticas que no han sido suficientemente ponderadas. Por ejemplo, en las primeras dos décadas del siglo XX, los “licenciados” (personas que han realizado su servicio militar) y en algunos casos los sargentos, se convirtieron en dirigentes campesinos que defendieron los intereses de sus comunidades frente al creciente despojo las haciendas. La historiografía ha pasado virtualmente inadvertido



el hecho de que uno de los más carismáticos líderes campesinos del Cuzco en la época de Leguía, Domingo Huarca, fuera un sargento. Huarca, que murió descuartizado por agentes de los gamonales en la provincia de Espinar, tras defender los intereses comerciales de las comunidades indígenas por sobre los de las haciendas, es hasta hoy rememorado como un mártir por los comuneros de la provincia.¹⁸ No era un caso aislado. Steven Pent sostiene que la dirigencia del Comité Pro-Derecho Indígena Tawantinsuyu (CPDIT), la primera organización pan nacional que agrupaba al campesinado indígena peruano para luchar por sus derechos, estaba compuesta en parte

17 Comunicación personal con Enrique Herrera, quien incluso refiere que en Bolivia hay quienes pagan para ser admitidos en el servicio militar (Lima, julio de 2005)

18 Ver Steven Pent, Tesis de maestría en curso, Programa de Estudios Latinoamericanos e Ibéricos, Universidad de California en Santa Bárbara.



por licenciados, así como por la plana de maestros voluntarios de las escuelas rurales creadas por dicha organización, que en sus orígenes contó con el aval del gobierno de Leguía. Pent llega a afirmar que la influencia de licenciados en la dirigencia del movimiento explica en parte no sólo la disciplina y organización del CPDIT sino sus rasgos marciales, expresados a veces en desfiles donde se proclamaban los “derechos indígenas”¹⁹. La historia de los sargentos y licenciados-líderes campesinos en la época de Leguía se repite, aunque en un contexto y con un enemigo muy distintos, con la historia de los ronderos-licenciados en la época del senderismo.

Incluso las poderosas organizaciones obreras y campesinas de Bolivia, que no tienen par en el Perú, se nutrieron, en sus inicios, de reservistas que volvían de la Guerra del Chaco. En efecto, los nuevos partidos de izquierda que surgen en las décadas de 1930 y 1940, incluidos el POR, PIR y MNR, tienen como “prin-

19 Ibidem.

cipal soporte orgánico... a las asociaciones de ex-combatientes, que le abrieron el acceso no sólo a la nueva generación militar, sino también al emergente sindicalismo obrero y campesino en distintas regiones del país”²⁰.

La historiografía peruana no es ajena a la asociación entre personajes militares y sublevaciones campesinas. Resaltan, por un lado, el caso del coronel Juan Bustamante, uno de los iniciadores del indigenismo social en el siglo XIX, fundador de la Sociedad Amiga de los Indios, que muriera decapitado en 1868 en una violenta represión contra una rebelión campesina que se le acusaba de haber instigado en la provincia de Huancané (Puno). Por otro lado, está el ya célebre mayor Teodomiro Gutiérrez Cuevas, más conocido como “Rumi Maqui”, asociado con otra rebelión campesina en Puno en 1915. Sin embargo, no se ha reflexionado suficientemente sobre el origen militar de estos personajes. No creo que se trate de meras coincidencias. Nos atrevemos a afirmar, más aún, que el indigenismo del coronel Bustamante puede haber influido de manera directa en el pensamiento liberal de comienzos del siglo XX, específicamente en las ideas de uno de los más acérrimos críticos de la política peruana y el militarismo, Manuel González Prada. Su célebre frase “no forman el verdadero Perú las agrupaciones de criollos y extranjeros que habitan en la faja de la tierra situada entre el Pacífico y los Andes; la nación está formada por las muchedumbres de indios diseminados en la banda oriental de la cordillera”, parece una paráfrasis de un texto de Juan Bustamante²¹. En otras palabras, si bien se ha tratado de ver al ejército

20 Ver Zavaleta (1977:106).

21 Bustamante escribió: “No sólo constituye la nación peruana la asociación de individuos moradores de la costa del Perú sino también los pueblos de indios del interior...”, a lo cual agregó: “mi lema y mi programa son que los indios no sean excluidos de los beneficios sociales que la esplendente independencia del Perú prodiga a los blancos”. Ver Bustamante (1867, citado en Cotler 2005: 37). Para el texto de Gonzales Prada

como un ente separado de la sociedad civil, esto es mucho más acertado en tiempos recientes en que el ejército se consolida como “institución cerrada”²². Muchas veces se olvida que esta separación fue un producto histórico y no un hecho inmutable.

Bien es cierto que los gérmenes de esta separación existían con anterioridad al siglo XX. Desde el momento en que los Borbones en la segunda mitad del siglo XVIII instituyen en sus colonias de ultramar el “fuero militar” para alentar la formación de milicias que defiendan al reino contra los imperios rivales y sublevaciones internas, surge la idea de una casta militar que, como la casta religiosa, tiene códigos específicos que la protegen de las leyes que juzgan a la población civil; este sentido de “privilegio de casta” sería heredado por el ejército de la temprana república²³. Sin embargo, varios factores impidieron que la línea divisoria entre militares y población civil fuera muy marcada hasta tiempos más recientes. Uno de ellos es el estado constante de guerras civiles que enfrentaban a los caudillos militares entre sí, y no tanto contra población civil; no estaban dadas entonces las condiciones para la emergencia de una “mentalidad militar” definida por oposición a los civiles. A ello se sumaba la dependencia logística y humana en que los jefes militares se encontraban con respecto a las poblaciones civiles, principalmente rurales, y que ya hemos mencionado, que impedía un aislamiento radical, incluso espacial,

de los militares con respecto a la población civil. A mediados del siglo XIX, cuando se realizaba la odiada leva, los levados eran reclutados en una iglesia o capilla, a falta de un cuartel; esta práctica continuó hasta entrado el siglo XX²⁴. Es sólo con la institucionalización del ejército, y el consiguiente fin de las guerrillas y mонтонeras, en suma, con la profesionalización, que el ejército emerge como una “institución cerrada” con sus espacios propios y una cultura y valores marcadamente diferenciados de los civiles²⁵. Este estado de cosas no puede proyectarse al siglo XIX.

Reflexiones finales

Este ensayo ha querido mostrar la utilidad de un enfoque histórico para entender procesos políticos y sociales recientes que vinculan al ejército con el campesinado y las poblaciones llamadas indígenas. Nuestro recorrido por la relación militares-campesinos ha querido ir más allá de los lugares comunes sobre militarismo para subrayar la importancia del ejército en la organización y movilización política del campesinado, de un lado, y de otro, el carácter relativamente reciente de la separación sociedad civil-militares. Asimismo, hemos cuestionado otros presupuestos que con mucha facilidad se proyectan al pasado, pese a que surgieron para explicar realidades más recientes, como la expandida idea de que la sierra y sus habitantes estuvieron excluidos de la vida nacional y de la ciudadanía “desde siempre”.

ver sus *Ensayos Escogidos*, selección y prólogo de Augusto Salazar Bondy (Lima: Patronato del Libro Peruano, Empresa Gráfica Scheuch, 1956), p. 22.

22 Sobre el concepto de “institución cerrada” ver Lourdes Hurtado (2004).

23 Véase José Ragas (2005: 40 y 41) y Leon G. Campbell (1978). El estudio por excelencia del ejército en la época caudillista temprana sigue siendo el de Jorge Basadre. *La Iniciación de la República* (1929-30), recientemente reeditados por la Universidad de San Marcos. Según Basadre el fuero militar subsistió hasta 1856.

24 Véase el testimonio de 1851 del viajero E.S. Lavandaïs en Jorge Basadre, *La Iniciación* tomo I, p 96-97. Esta práctica subsistió hasta entrado el siglo XX; véase Mario Razzeto (1982: 66).

25 Sobre la cultura del ejército peruano en el siglo XX véase Lourdes Hurtado, “Uniformes, hombres y armas”. Según Nunn (1979), el “profesionalismo militar” surge precisamente cuando los militares desarrollan una “mentalidad uniforme”, que se mantiene pese a los cambios de gobierno, y se define en contraposición a los civiles.

La historia no funciona, pues, de forma lineal y progresiva. Es sinuosa y puede ser circular.

Precisamente, la realidad que nos ha convocado a discutir estos temas -una guerra civil reciente entre peruanos- rompe con el patrón del ejército profesional que hemos descrito para el siglo XX y nos remite a un escenario más afín al siglo XIX, pródigo en guerras civiles. Como entonces, en la reciente guerra civil entre el Estado y Sendero Luminoso, el ejército por sus solas fuerzas no pudo batir al enemigo y, como entonces, también tuvo que recurrir a la movilización campesina -los ronderos- que, asumiendo el papel de guerrilleros decimonónicos, jugaron un rol decisivo en el desenlace del conflicto interno. Como en el siglo XIX, los militares dependieron incontables veces para su subsistencia de los recursos que les proporcionara la población campesina, los que a veces les eran arrebatados a la fuerza. La diferencia es que mientras en el siglo XIX los guerrilleros se alineaban en última instancia detrás de un caudillo militar, los ronderos se organizaban sobre bases comunales.

Pese a que la guerra ha terminado hace ya varios años, existen aproximadamente 250.000 ronderos que se resisten a ser desarmados. Sobre ello la prensa y los analistas sociales parecieran haber tendido un manto de silencio. Otro silencio, censor o temeroso, pesa sobre la época y las reformas de Velasco, muchas de las cuales, por haber quedado inconclusas, se manifiestan hoy como una demanda latente. ¿Por qué pues sorprenderse que un candidato militar cuestionado por presuntos delitos contra los derechos humanos haya tenido un apoyo tan vasto entre los campesinos en las últimas elecciones presidenciales? Estas son realidades y silencios a los que es moralmente necesario prestar mayor atención, esto es, si se quieren evitar nuevos baños de sangre y una vuelta circular al caudillismo de otros tiempos.

26 Las cifras corresponden al año 2004. Agradezco la referencia a Eduardo Toche.

Bibliografía

- Aljovín de Losada, Cristóbal y Sinesio López, editores, 2005, *Historia de las Elecciones en el Perú*, Instituto de Estudios Peruanos, Lima.
- Annino, Antonio, 1995, *Historia de las elecciones en Iberoamérica, siglo XIX*, Fondo de Cultura Económica, Argentina.
- Basadre, Jorge, 2002 [1929], *La Iniciación de la República*, Tomo I, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Lima.
- Beattie, Peter, 2001, *The Tribue of Blood*, Duke University Press, Dirham.
- Burns, Bradford, 1980, *The Poverty of Progress: Latin America in the Nineteenth Century*, University of California Press, Berkeley.
- Caballero Marín, Víctor, 2006, "En busca del voto rural", en *Quehacer* No. 159, DESCO, Perú.
- Campbell, Leon, 1978, *The Military and Society in Colonial Peru 1750-1810*, The American Philosophical Society, Filadelfia.
- Chiaramonti, Gabriela, 2005, "A Propósito del Debate Herrera-Gálvez de 1849: Breves Reflexiones sobre el Sufragio de los indios Analfabetos", en Cristóbal Aljovín de Losada y Sinesio López, *Historia de las Elecciones en el Perú*, Instituto de Estudios Peruanos, Lima.
- _____, 2004, "Los Nudos del Sufragio: un problema de gobernabilidad republicana", en Carmen McEvoy, editora, *La Experiencia Burguesa en el Perú*, Iberoamericana-Vervuert, Madrid-Frankfurt.
- _____, 1995, "Andes o Nación: La Reforma Electoral de 1896 en el Perú", en Antonio Annino, coordinador, *Historia de las Elecciones en Iberoamérica, siglo XIX*, Fondo de Cultura Económica, Argentina.
- Comisión de la Verdad, 2003, *Informe de la Comisión de la Verdad y Reconciliación*, Perú.
- Cotler, Julio, 2005, *Clases, Estado y Nación en el Perú*, Instituto de Estudios Peruanos, Lima.
- Degregori, Carlos Iván, José Coronel, Ponciano del Pino, y Orin Starn, 1996, *Las Rondas Campesinas y la Derrota de Sendero Luminoso*,

- Instituto de Estudios Peruanos, Lima.
- Flores-Galindo, Alberto, 1999, *La tradición autoritaria: violencia y democracia en el Perú*, Casa de Estudios del Socialismo, Lima.
- Gonzales Prada, Manuel, 1956, *Ensayos escogidos*, Patronato del Libro Peruano, Empresa Gráfica Scheuch, Lima (selección y prólogo de Augusto Salazar Bondy).
- Gootenberg, Paul, 1991, "Population and Ethnicity in Early Republican Peru: Some Revisions", en *Latin American Research Review* No. 26, Universidad de Texas.
- Guardino, Peter, 2005, *The Time of Liberty Popular Political Culture in Oaxaca, 1750-1850*, Duke University Press.
- Hurtado, Lourdes, 2004, "Uniformes, hombres y armas: una aproximación civil sobre la cultura militar del Ejército Peruano", monografía inédita, Lima.
- Irurozqui, Marta, editora, 2005, *La mirada esquiva: reflexiones históricas sobre la interacción del estado y la ciudadanía en los Andes (Bolivia, Ecuador y Perú) siglo XIX*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid.
- Jacobsen, Nils y Alejandro Díez Hurtado, 2002, "Montoneras, La Comuna de Chalaco y la revolución de Piérola: La sierra piurana entre el clientelismo y la sociedad civil", en Escobar Ohmstede, Antonio y Romana Falcón, coordinadores, *Los ejes de la disputa: movimientos sociales y actores colectivos en América Latina, siglo XIX*, Cuadernos de Historia Latinoamericana No. 10, AHILA, Iberoamericana, Vervuert, pp. 57-131.
- Jakob Von Tschudi, Johann, 2003, *El Perú, esbozos de viajes realizados entre 1838 y 1842*, Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica, Lima.
- López Alves, Fernando, 2000, *Democracy and State Formation in Latin America*, Duke University Press, Dirham.
- Lynch, John, 1992, *Caudillos in Spanish America*, Clarendon Press, Oxford.
- Mallon, Florencia, 1995, *Peasant and Nation: The Making of Postcolonial Mexico and Peru*, University of California Press, Berkeley.
- _____, 1987, "National and Antistate Coalitions in the War of the Pacific: Junín and Cajamarca, 1879-1902", en Steve Stern, editor, *Resistance, Rebellion and Consciousness in the Andean Peasant World: 18th to 20th Centuries*, University of Wisconsin Press, Madison.
- Manrique, Nelson, 2003, "Carta Abierta a Raúl Wiener", documento circulado por Internet.
- _____, 1981, *Las guerrillas indígenas en la guerra con Chile*, Centro de Investigación y Capacitación, Lima.
- Méndez, Cecilia, 2005a, *The Plebeian Republic: The Huanta Rebellion and the Making of the Peruvian State, 1820-1850*, Duke University Press, Durham.
- _____, 2005b, "Tradiciones Liberales en los Andes o la ciudadanía por las armas", en Marta Irurozqui, editora, *La mirada esquiva: reflexiones históricas sobre la interacción del estado y la ciudadanía en los Andes (Bolivia, Ecuador y Perú) siglo XIX*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid.
- _____, 2004, "Tradiciones liberales en los Andes: militares y campesinos en la formación del estado peruano", en *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, vol. 15, No. 1, Tel Aviv University.
- _____, 2002, "El Poder del nombre o la construcción de identidades nacionales y étnicas en el Perú: mito, historia y los iquichanos", Documento de Trabajo, Instituto de Estudios Peruanos, Lima.
- _____, 2000, "La tentación del olvido: guerra, nacionalismo e historia en el Perú", en *Diálogos en Historia*, No. 2, UNMSM, p. 231-248.
- _____, 1997, "Pactos sin tributo: caudillos y campesinos en el nacimiento de la república", en Rossana Barragán, et al, *En siglo XIX en Bolivia y América Latina*, Coordinadora de Historia, La Paz.
- North, Liisa, 2004, "State Building, State Dismantling and Financial crises in Ecuador", en Joe Marie Burt y Phillip Mauceri, editores,

- Politics in The Andes*, University of Pittsburgh Press.
- Novoa, Mauricio, 2004, “La civitas inconclusa: ideas sobre la soberanía de la nación en 1860-1900”, en Carmen McEvoy, editora, *La Experiencia Burguesa, Iberoamericana-Vervuert*, Madrid-Frankfurt.
- Nugent, David, 1997, *Modernity at the Edge of Empire: State, individual and nation in the northern peruvian andes 1885-1935*, Stanford University Press, Stanford.
- Nunn, Federick, 1979, “Professional Militarism in Peru: Historical and Theoretical Background of the Golpe de Estado of 1968”, en *Hispanic American Historical Review*, vol 59 no. 3.
- Ortiz, Cecilia, 2006, *Indios, militares e imaginarios de nación en el Ecuador del siglo XX*, FLACSO-Ecuador, Abya-Yala, Quito.
- Páez, Ángel, 2006, “El voto paradójico de las víctimas”, documento circulado por Internet.
- Pajuelo, Ramón, 2006, “La Gente se ha pasado la voz”, en *Argumentos* No 4, Universidad Autónoma Metropolitana, México.
- Quintana Taborga, Juan Ramón, 1998, *Soldados y ciudadanos. Un estudio crítico sobre el servicio militar obligatorio en Bolivia*, Programa Estratégico en Bolivia, La Paz.
- Ragas, José, 2005, “El discreto encanto de la militancia: ejército y sociedad en el Perú borbónico”, en Gabriela Chiaramonti, *Ciudadanía y representación el Perú 1808-1860: los itinerarios de la soberanía*, UNMSM, Lima.
- Razzeto, Mario, 1982, *Don Joaquín, testimonio de un artista popular andino*, Instituto de Estudios Peruanos, Lima.
- Rivera Cusicanqui, Silvia, 1984, *Oprimidos Pero no Vencidos: Las luchas del campesinado aymara y quechua de Bolivia, 1900-1980*, UNRIDS/CSUTCB, Ginebra.
- Rodríguez Sequeiros, Humberto, 2006, “La educación pre-militar en el Perú 1939-1956”, ponencia presentada a LASA-Puerto Rico.
- Sábato, Hilda, 1998, *La política en las calles: entre el voto y la movilización, Buenos Aires 1862-1880*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires.
- Sanders, James, 2005, *Contentious Republicans: Popular Politics, Race, and Class in Nineteenth-Century Colombia*, Duke University Press.
- Starn, Orin, 1999, *Night watch: The Politics of Protest in the Andes*, Duke University Press, Durham.
- Stern, Steve, editor, 1998, *Shining and Other Paths, War and Society in Peru, 1980-1995*, Duke University Press, Duhram.
- Tapia, Carlos, 1997, *Las Fuerzas Armadas y Sendero Luminoso*, Instituto de Estudios Peruanos, Lima
- Taylor, Lewis, 1986, *Bandits and Politics in Peru: Landlord and Peasant Violence in Hualgayoc 1900-1930*, Cambridge University Press.
- _____, 1990, *Society and Politics in Late Nineteenth Century Peru: Contumazá 1876-1900*, Liverpool.
- Vallenilla Lanz, Laureano, 1983 [1919], *Cesarismo democrático. Obras completas*, Tomo I, Universidad de Santa María, Caracas.
- Villanueva, Víctor, 1973, *Ejército peruano: del caudillaje anárquico al militarismo reformista*, Editorial Juan Mejía Baca, Lima.
- _____, 1972, *100 Años del ejército peruano. Frustraciones y cambios*, Editorial Juan Mejía Baca, Lima.
- _____, 1969, *¿Nueva Mentalidad Militar en el Perú?*, 3^a edición, Editorial Juan Mejía Baca, Lima.
- _____, 1962, *El militarismo en el Perú*, Impresa Gráfica T. Scheuch, Lima.
- Vinson, Ben III, 2001, *Bearing Arms for His Majesty*, Stanford.
- Walker, Charles, 1999, *Smoldering Ashes: Cuzco and the Creation of Republican Peru*